

EL CAPITÁN GENERAL DE LA ARMADA CAYETANO VALDÉS FLORES, UN MARINO LIBERAL

José CERVERA PERY
General auditor

Pocos personajes cuyas vidas transcurren en la transición del antiguo al nuevo régimen, presentan aspectos tan sugestivos, matices tan atrayentes como la biografía del capitán general de la Armada don Cayetano Valdés Flores, Bazán, Peón cuyos rasgos esenciales voy a tratar de exponer con objetividad y sencillez, sin dejarme llevar por impulsos hagiográficos. Porque en todas las vidas de los grandes hombres existen razones para mantener una absoluta fidelidad a la silueta elemental y básica del personaje, asumiéndolo lealmente en todo su bagaje histórico.

Cayetano Valdés nace en el último tercio del siglo XVIII y muere al término del primero del XIX. Quiere decirse con ello que su vida va a gravitar, al menos en tiempos de plenitud en una de las etapas más dramáticas de la historia de España, pero también una de las más decisivas, tanto por lo que plantea como por lo que resuelve. Nada menos que el paso de la Edad Moderna a la Contemporánea, o como señalan diferentes autores, el paso del antiguo al nuevo régimen. Este paso transaccional, va a suponer un cambio que desborda ampliamente las simples conjeturas políticas o las formas institucionales, ya que refleja también la plasmación de un modo nuevo de entender el hombre y la vida, una nueva dinámica histórica que permite el traspase de la Marina ilustrada a la Marina romántica. Un cambio fundamental con nuevas normas y formas de comportamiento; una trayectoria sustancial que Cayetano Valdés, a caballo entre dos siglos, ha de vivir intensamente.

En una rápida situación de hechos y actitudes, la hoja de servicios de Valdés, tan numerosa como brillante, nos dará la imagen del marino audaz, aguerrido, disciplinado, enamorado de su profesión, experto hidrógrafo, avezado navegante, pero no ofrecerá el cliché del político insertado en el ánimo estimulante y creador de una nueva imagen de España. Así su itinerario en este campo, supera a todo costumbrismo de presión colorista o superficial,

porque Cayetano Valdés supo hacer compatible su liberalismo y constitucionalismo sincero a su prestigio de marino brillante y destacado en cuantas acciones bélicas participó, capaz de afrontar las circunstancias más difíciles. De esta simbiosis perfectamente ensamblada, surgirá el talante humano de un hombre excepcional.

Hay un dicho español que dice «de casta le viene al galgo» y que es perfectamente aplicable a nuestro personaje cuyo padre Cayetano Valdés y Bazán, Comisario de Guerra, hijo a su vez de Fernando Valdés y Quirós, asistente y superintendente de la ciudad de Sevilla, pero el varón más relevante de la familia será su tío carnal, el baylío don Antonio Valdés Bazán, capitán general de la Armada y ministro de Marina; caballero del Toisón de Oro, y al que hay que situar en la misma línea constructiva y reformadora de Patiño y Ensenada, con un protagonismo decisivo en la recreación del Almirantazgo y artífice de la adopción de nuestra actual bandera. No hay muchas noticias de las actividades de Valdés durante los diez años que duró su exilio londinense, y ando empeñado en una investigación más a fondo. Londres es entonces el centro neurálgico de los liberales exaltados, Alcalá Galiano, Isturiz, Álvarez de Mendizábal, Arco Agüero, etc. que conspiran abiertamente contra Fernando VII y reciben ayuda de sociedades de corte avanzado, la masonería entre ellas. Pero Valdés no está en esa órbita. Seguramente estudia o frecuenta los centros navales manteniendo afectuosas relaciones con los más destacados marinos británicos. De todas formas diez años son muchos para no dar señales de vida.

Aunque el linaje de los Valdés es de ascendencia asturiana y burgalesa, Cayetano Valdés y Flores nació en Sevilla, en la calle Imagen número 4, rebautizada posteriormente en su honor, el 28 de septiembre de 1767, siendo bautizado el mismo día en la parroquia de San Pedro. Sevilla era entonces una ciudad floreciente que mantenía un activo comercio con América, no obstante haberse debilitado por el traslado de la Casa de Contratación y el Consulado a Cádiz, y a los grandes comerciantes con las Indias se debió en mucho la mejora y embellecimiento de la ciudad. Familias enriquecidas en este comercio y en el desempeño de cargos y oficios en el Nuevo Mundo, construyeron magníficas casas en las que se advierte la influencia de la arquitectura colonial. A este lujo en la edificación correspondía la vida ciudadana alimentada con la llegada de la flota de América que dejaba en poder del comercio sevillano lo más y lo mejor de sus cargazones. Así Sevilla en esta

época siguió siendo la población más cara y lujosa de la extensa monarquía española durante el reinado de Carlos III, tiempo en el que nace Cayetano, con la creación de importantes corporaciones para el fomento de la cultura y para el desarrollo del comercio. Se levanta grandes edificios en un ambicioso plan urbanístico, con la creación igualmente de nuevos barrios, calles y jardines, evidentes pruebas del resurgir sevillano dieciochesco.

Y en esa Sevilla amable y luminosa transcurre la infancia de Valdés hasta que en 1781 sienta plaza en la Real Compañía de Guardiamarinas de Cádiz, tras las preceptivas probanzas nobiliarias y de hidalguía, y cuando aún no ha cumplido los catorce años. Tal precocidad no le eximirá de la dureza de los ejercicios y de los intensos estudios de astronomía, hidrografía y navegación, de la que es alumno aventajado y al término de los mismos lo tenemos a bordo de la escuadra de don Luis de Córdova, su paisano también, que mantiene el bloqueo de Gibraltar en combinación con otra francesa, y que apoya también con sus buques la acción de las baterías flotantes. La poderosa escuadra inglesa del almirante Howe logró introducir en Gibraltar a pesar del bloqueo, el convoy de provisiones y pertrechos que acompañaba en labores de escolta. Córdova contrariado, tenía fama de cascarrabias, presentándole combate en el Atlántico, pero el marino inglés rehuyó la pelea de forma poco digna. Todo ello sería presenciado por los asombrados ojos del joven Valdés.

Y del Atlántico al Mediterráneo. Valdés embarcado en la heterogénea escuadra del teniente general Barceló, participa en los ocho ataques a la plaza de Argel en dura operación de castigo a los piratas argelinos. Durante uno de ellos Barceló estuvo a punto de perecer al ser hundido el jabeque en que arbolaba su insignia. El joven Valdés seguía curtiéndose al fragor de la pólvora y el fuego.

Pero llega ahora el momento no ya sólo de un cambio radical de escenario sino también de actividad. Participante con el empleo de capitán de fragata a la edad de veinticinco años, en la famosa expedición de Malaspina en atención a sus excepcionales dotes de hidrógrafo y cartógrafo es designado por el virrey de Nueva España, conde de Revillagigedo, pero a propuesta del propio Malaspina, para explorar y reconocer el estrecho de Fuca, donde se cree puede hallarse el paso oceánico descrito por Maldonado. Se le da el mando de la goleta *Mejicana* mientras que a otro joven del mismo empleo, Dionisio Alcalá Galiano se le confiere el mando de la *Sutil*. Juntos comienzan el reconocimiento partiendo desde Acapulco, y el destino volverá a unir-

los años más tarde en el infausto combate de Trafalgar. Las instrucciones son minuciosas, y Alcalá Galiano y Valdés rememoran nostálgicamente las *noticias secretas* redactadas por Jorge Juan y Ulloa en años anteriores. La comisión se realiza a conciencia y hay constancia de ello en los manuscritos e informes que se conservan en el Museo Naval y en el Archivo Histórico Nacional. También en el Archivo de la Nación de Méjico existe documentación relativa al suceso.

Pero llevado el reconocimiento en las márgenes del paralelo 60 N. donde según la leyenda se encontraba el pretendido paso de Ferrer Maldonado, no lo encontraron y Valdés consigna en su diario:

Sólo el filósofo podría acaso encontrar en estos parajes material de contemplación a la vista de un suelo y unos gestos tan vecinos al estado primitivo del mundo como distanciado de la civilidad europea que ni aprecian ni codician

Como consecuencia de la exploración, el paso interoceánico señalado quedará definitivamente eliminado en las representaciones científicas de la costa noroeste. Valdés se reincorporaba a la *Descubierta* y continuaba entregado a sus trabajos geodésicos y cartográficos.

Para el marino 1797 será un año de intensas emociones. España que había estado casi todo el siglo XVIII en constante pugna con Inglaterra, recuérdense los asedios a Gibraltar y las guerras de la oreja de Jenkins en 1739, la que supuso la pérdida de La Habana en 1762 y la de 1779 en la ayuda de la independencia de las trece colonias americanas, se enzarza en un nuevo conflicto en 1796 cuando ya vamos de la mano de Napoleón. Una escuadra española al mando de don Juan de Lángara que recorría las costas italianas contribuyendo a los éxitos del ejército bonapartista, fue enviada hacia el Atlántico a las órdenes de don José de Córdoba, pues Lángara había sido nombrado ministro de Marina. Este cambio tan urgente como desafortunado, propició que Córdoba que llevaba un número de navíos superiores al conjunto de la flota inglesa combatiera en el Cabo San Vicente, tan famoso en la historia por los encuentros navales, con la escuadra del almirante Jerwis (14 febrero 1797) y fue derrotado dejando cuatro naves en poder del enemigo por lo que se le sometió a un consejo de guerra que le privó del mando y honores. En esa escuadra y al mando del navío *Pelayo* de 74 cañones se hallaba el capitán de navío Cayetano Valdés, cuya conducta al contrario que la de su

almirante puede calificarse de heroica, por el auxilio prestado al buque insignia *Trinidad* que si no llega a ser por su intervención hubiese caído en poder de los ingleses. Francisco de Paula Pavía en el apunte biográfico sobre Valdés lo relata de esta manera:

*En la desgraciada jornada de San Vicente mandando el navío Pelayo se hallaba a barlovento dando caza a gran distancia de la escuadra cuando el estampido del cañón le avisó de lo que una densa niebla le había impedido ver: la escuadra era atacada por otra inglesa a las órdenes del almirante Jerwis. Abandona su comisión y desde luego se dirige al lugar en que la refriega parecía más sangrienta y obstinada, lo mismo hará años más tarde en el combate de Trafalgar). Llega por fin a donde el *Trinidad* en que arbolaba su insignia el teniente general don José de Córdoba, que desarbolado, herido o muerta más de las dos terceras partes de la dotación, sin poder jugar la artillería y batido por tres navíos ingleses, se ve obligado a rendirse arriando el pabellón nacional y largando el británico, contempla la enorme mole, esfuerzo atrevido de la construcción naval ya casi en poder de los enemigos y sin vacilar un instante dirige Valdés a su gente esta breve arenga: «Salvemos al *Trinidad* o perezamos todos. Palabras que fueron contestadas por la tripulación con un ¡Viva el Rey! Para significarle que participan de su misma resolución. Pasa muy cercano por la popa del navío batido y le grita que enarbole de nuevo el pabellón nacional o lo considerará como enemigo. Traba la acción con los ingleses auxiliado por el navío *San Pablo* que mandaba don Baltasar Hidalgo de Cisneros y la fortuna premió el arrojo de Valdés con el rescate del *Trinidad*, acción heroica que debe ocupar una de las mejores páginas de la Historia.*

Se ha dicho siempre que las comparaciones son odiosas, pero no cabe duda que entre el jefe y el subordinado no hay parangón posible. Sin embargo Córdoba no era un cobarde ni un irresponsable. Fue un hombre de honor a espaldas de la fortuna. Hay una estampa patética recogida por Fernández Duro cuando nos lo muestra en el fragor del combate, abandonado en lo más duro de él, exclamando: ¡de tantas balas como me rodean no hay una para mí! y algún historiador nada proclive a la sensiblería dirá: Lo mismo que otras veces un puñado de bravos marinos, poco podían hacer en unos navíos envejecidos, con unas mediocres dotaciones y contra la desidia oficial.

El resultado de San Vicente envalentonó a los ingleses que tuvieron vía libre para seguir amenazando las costas andaluzas y bloquear Cádiz. Mazarredo, prototipo también del marino ilustrado a la vez que combativo que poco tiempo antes había sido castigado por haber hecho advertencias sobre la mala administración de la Armada fue desagraviado y se le mandó a Cádiz cuya defensa preparó rápida y eficazmente sobre todo con lanchas cañoneras. Atacado por Nelson, Mazarredo lo rechazó brillantemente tras varios días de violentos combates, siendo Valdés uno de los comandantes que con retención del mando de sus navíos salieron a batirse al frente de las fuerzas sutiles en acciones de inmediato riesgo que merecieron las recomendaciones y plácemes de sus jefes.

Adolfo de Castro nos ha dejado un impresionante relato de estos hechos:

Las noches del 3 al 5 de julio fueron terribles y gloriosas. Los combates de nuestras lanchas obstinados y sangrientos. Nelson estaba admirado del valor de nuestros marinos. El día 10 hubo un segundo bombardeo con intento de desembarco de Nelson por la parte sur, pero fue tal el arrojo y la firmeza de las cañoneras de la Caleta al arremeter con una impetuosidad desbordante, que obligaron a retirarse a las naves enemigas y pusieron fuera de combate a una cañonera inglesa.

La buena compenetración entre Mazarredo y Gravina, con los que colaboraron también eficazmente los marinos Escaño, Churruga y el propio Valdés, así como la actuación del gobernador de la ciudad, conde de Cumbrehermosa que combinó el rechazo con el disparo de las fortificaciones, hicieron posible este triunfo. Los ingleses se convencieron de que era imposible apoderarse del puerto y la escuadra y se largaron con viento fresco. Así se reparó el honor de la Marina española malparado en el combate de Cabo de San Vicente. El entusiasmo de la población gaditana fue enorme. Y vinieron las tradicionales coplas:

¿De qué sirve a los ingleses - tener fragatas ligeras -, si saben que Mazarredo - tiene lanchas cañoneras?

La nueva alianza franco-española ya bajo el mandato, y exigencias, de Napoleón llevan a Valdés a Cartagena a la agrupación francesa del almirante Bruix, uno de los marinos de más prestigio en la Francia napoleónica con el que navega a Cádiz y posteriormente a Brest donde toma el mando del navío

Neptuno insignia del general Gravina ya que el *Pelayo* había sido transferido a la República francesa. Esta escuadra española destacada en Brest era una respetable fuerza operativa de veinte buques y un componente humano de 12.546 hombres, destacando navíos como el *Concepción*, *Príncipe*, *Mexicano*, *Reina Luisa*, *Neptuno*, *San Juan Nepomuceno* y las fragatas *Paula*, *Atocha*, *Perla* y *Soledad*. Bocado demasiado apetitoso para Bonaparte que pretende manejarlas a su antojo. Por eso la indignación se hace ostensible cuando supo que Mazarredo había dejado París para ponerse al frente de la flota española y conducirla a España.

Mientras continúan los cabildos entre Napoleón y Godoy al que halaga su vanidad y fomenta su ambición con la promesa de un minirreino para él y sus descendientes, Cayetano Valdés da un nuevo salto atlántico, concretamente a Santo Domingo en la expedición organizada para sofocar su rebelión figurando como Mayor General de la escuadra que bajo mando francés domina la situación. Se conoce poco de este hecho. Fernández Duro ni siquiera lo menciona, pero en la hoja de servicios de nuestro protagonista figura que ha tomado parte en la toma de Guarico y Puerto Delfín. Recala después en La Habana y regresa a Cádiz en abril de 1802.

Desembarcado de su buque en Ferrol para atender a sus reparaciones Valdés disfruta de un corto permiso, pero producida nuevamente la guerra contra Inglaterra tras la alevosa agresión a las fragatas de los caudales, vuelve a petición propia al mando del *Neptuno* perteneciente esta vez a la escuadra de Grandallana. En agosto de 1805 salió de Ferrol con su navío y el resto de la escuadra, uniéndose a la combinada de Francia y España cuyo mando lo ostentaban Villeneuve y Gravina verificándose el punto de reunión en Cádiz. Están próximos ya los días de Trafalgar.

Sobre el combate de Trafalgar y sus prolegómenos se ha vertido ya tanta tinta y utilizado tan palabra que parece obvio emprender el camino de un nuevo relato. Me circunscribiré en aras de la concreción a comentar su actuación en el combate que fue tan destacada como heroica. Ocupaba con su navío la cabeza de línea junto a los buques del almirante francés Dumanoir que por tener el barlovento favorable estaba prácticamente fuera del combate. Valdés se reviró para acudir en auxilio del *Bucentaure* buque insignia de Villeneuve y del *Santísima Trinidad* que maltrechos y desarbolados estaban a punto de sucumbir ante el enemigo y preguntado por el contralmirante francés a dónde se dirigía, Valdés contestó gallardamente que al fuego, evocando

quizás su decisiva actuación en el combate del Cabo San Vicente cuando acudió en auxilio del *Trinidad*. El caso es que don Cayetano *se condujo con un valor y denuedo insuperable sin abandonar la pelea a pesar de estar herido gravemente*. En las notables obras del almirante González-Aller y Hugo O'Donnell sobre la campaña y las brillantes aportaciones de Agustín Ramón Rodríguez González, Juan Cayuela y Hermenegildo Franco Castañón pueden ampliarse las referencias del personaje.

Su conducta en el combate le valió el ascenso a jefe de escuadra, cargo que desempeñó en el mando de la que situada en Cartagena debía de pasar a Tolón siguiendo órdenes de Napoleón, convertido ya en árbitro de los destinos de España. Valdés izó su insignia en el navío *Reina Luisa* pero su instinto político le hizo recelar una encerrona y con el pretexto de mal tiempo arribó a Baleares. Esta arribada fue muy criticada lo que habla a favor del marino, que intuía los planes napoleónicos. Ella le valió la enemistad del duque de Berg y que fuera depuesto y residenciado, pero con su acción había impedido que la flota cartagenera pudiese ser utilizada contra sus propias armas.

Llegamos ahora a una etapa crucial en la vida de nuestro personaje donde van a primar intereses encontrados sin que ello suponga mengua de su patriotismo y acusado sentido del cumplimiento del deber. Se ha producido ya el alzamiento nacional contra los franceses conocido oficial y popularmente como la Guerra de la Independencia. La primera intervención naval será provocar la rendición de la escuadra del almirante Rosily, restos de los buques franceses de Trafalgar fondeados en Cádiz, y que indudablemente influyen en el éxito de Bailén al tener cortado Dupont los socorros que hubiera podido recibir desde el sur. Pero Bailén es una breve luminaria sin continuidad. Los ejércitos franceses se rehacen y batalla tras batalla empujan a los españoles a un forzado repliegue. En la Marina todo es desconcierto y falta de organización. Pero Valdés, como tantos otros, no quiere ser ajeno a la lucha, se integra en el ejército del general Blake al mando de una división y sufre una nueva herida por una bala de fusil en la batalla de Espinosa de los Monteros en diciembre de 1808.

Reincorporado a su medio natural, la Armada, en 1809 ascendido ya a teniente general fue nombrado capitán general y jefe político de Cádiz en momentos muy difíciles no sólo por el acoso francés que ha llegado ya a las márgenes gaditanas de la Isla de León, sino por el desconcierto político de unas regencias que no se entienden con las Juntas nombradas en defensa de los intereses de Fernando VII y en las que empieza a ser caldo de cultivo las ideas

liberales de un próximo y anunciado constitucionalismo, frente al modelo clásico del régimen absoluto. Pero Valdés, que milita en el primer campo de ideas, no quiere anteponerlas al uso de las armas y así junto al comandante general del Arsenal don Juan de Dios Topete, se reparten el mando de las escuadrillas de fuerzas sutiles con embarcaciones menores, obuseras y cañoneras sobre todo, como las más apropiadas para defender y vigilar los complicados caños y canalizos isleños, mantener en jaque al enemigo y apoyar la salida de tropas. La que había que tener como apostadero la Isla de León, encargada de la defensa de Sancti Petri y los caños fue encomendada a don Juan de Dios, y otra destinada a las operaciones por parte de la bahía, bajo el mando de don Cayetano. Dos marinos, en el sentir de Lasso de la Vega, *capaces, ilustrados, y de mucho crédito en la parte militar y marinera*.

En la mentalidad liberal de Valdés podían encontrarse ya premoniciones que sin el menor detrimento de su fogosidad combativa, le permitían atisbar rasgos futuros. No me resisto a transcribir un párrafo de mi libro *Una luz inalcanzada* que concebida como texto de ficción está muy ensamblada con la realidad histórica: el párrafo dice así:

«La artillería había dejado de tronar. Una extraña calma invadía la paz del caño que parecía como de plata derretida. Don Cayetano Valdés con la levita aún salpicada por pequeñas pellas de fango y algún hilacho de sapina, miraba al guardiamarina mozo que acababa de rendirle el parte del capitán de fragata don Manuel Lobo comandante del apostadero de lanchas situadas en la aguada. La acción de Punta Cantera en que los franceses habían fracasado en los intentos de forzar el sitio, se había saldado con el alto precio de la heroica muerte del teniente de fragata Álvarez de Sotomayor, comandante de la cañonera en la que el guardiamarina prestaba sus servicios habilitado de oficial. Valdés volvió a mirarlo. Desde su posición de firmes se decantaba toda la intensidad del momento con una expresión de firmeza y coraje entre sus ojos. Lobo le hablaba en el pliego del valor y bizarría del caballero que cuando vio caer a su jefe muerto de un bayonetazo combatió más furiosamente a los atacantes hasta conseguir rechazarlos.

¿Cómo te llamas muchacho?

Manuel Blanco Encalada, mi general.

¿De dónde eres?

De buenos Aires, mi general –arrastraba suavemente las sílabas–.

¡Ah ¿entonces eres criollo?. Criollo y valiente, se decidió añadir el marino.

Ingresé en la Compañía de Guardiamarinas, pero la guerra me ha precipitado la carrera.

No importa –Valdés parecía meditar las palabras- Estoy seguro de que serás un magnífico oficial-, y luego como si se tratara de una confidencia a media voz- y habrás de prestar grandes servicios a tu futura patria.»

Al talante liberal e ilustrado de don Cayetano Valdés no se le ocultaba que la abierta rebelión de las provincias americanas constituidas en juntas reivindicativas de Fernando VII pero totalmente desligadas de las españolas, desembocaría inevitablemente en una independencia a más corto o largo plazo y en la que ahora el guardiamarina habría de ser uno de sus más esenciales protagonistas. Y no se equivocaba. Blanco Encalada fue almirante de la Armada chilena y llegó a ser presidente de la nueva nación.

Pero Valdés no daba tregua al descanso y continuaban incansables sus actividades con las unidades de su fuerza sutil que si aumentaban en cuanto a efectivos no disminuían en cuanto a eficacia. Amenazó Puerto Real y el Trocadero y desembarcó tropas españolas e inglesas, atacando el castillo de Santa Catalina en el Puerto, tomando la batería de la guía y quemando el fuerte de la Puntilla. Más afuera se ocupó momentáneamente Rota destruyendo sus obras de fortificación y arrojando al agua los cañones que la defendían. Su flotilla se movía hábilmente por los caños y seguía manteniendo a raya a las fuerzas enemigas más numerosas y con mayores efectivos. Por todo ello fue uno de los primeros condecorados con la Cruz Laureada de San Fernando creada por las Cortes gaditanas.

La vuelta a España de Fernando VII, *El Deseado* de los años de lucha y nostalgia, presto a convertirse en *El Indeseable* en razón de sus hechos no va a representar para la maltrecha Marina real –y menos personalmente para Valdés-, la justificación de tan ilusionados empeños. De entrada un decreto anulatorio de todos los actos constitucionales y subsiguientes medidas persecutorias y de represión enturbiará la imagen de un país que esperaba restañar las heridas en paz y buena convivencia. Los regentes son encarcelados o desterrados; los periódicos suprimidos y los diputados doceañistas y sus afines perseguidos y castigados. A todo esto, como dice Fernández Duro, no hay Marina, *pues subsiste como carga sin beneficio como estorbo o como preocupación*. Dura tarea regeneradora la que queda por delante.

Significado por sus ideas liberales Fernando VII no iba a dejar escapar la presa y Valdés fue confinado en el castillo de Alicante donde ni los inten-

tos de su tío el baylío Valdés, ni la mediación de otros cargos influyentes lograron su libertad, que así pagaba *El Deseado* a quienes habían luchado y padecido en su nombre. Así desde su forzado aislamiento Valdés puede conocer como todos los principios liberales asumidos por las Cortes doceañeras quedaban anulados y España que había irrumpido en la historia contemporánea del pensamiento liberal, regresaba violentamente a 1808, incluso a fechas anteriores, y la corriente de las nuevas ideas de libertad y tolerancia, tenían que refugiarse en la clandestinidad de las sociedades secretas y los pronunciamientos que llegaron a ser para romper las cadenas del absolutismo, la única opción posible que tal absolutismo les dejaba. Pero la dura realidad es que parece una esperanza sin retorno.

Los acontecimientos políticos de 1820, tras la sublevación del coronel Riego, sacaron a Valdés de su penoso estado, nunca se avino a solicitar clemencia, y vuelve a ser nombrado Gobernador de Cádiz, nombramiento recibido con verdadero júbilo por la población que recordaba su brillantísima trayectoria anterior en defensa de la ciudad. Entre tanto Fernando VII con la doblez que le caracteriza ha prometido *marchar el primero por la senda constitucional*, pero los acontecimientos habrían de demostrar que para él la senda no era más que un caminito insignificante. Los liberales regresados del exilio o liberados de las cárceles y que se incorporaron a las tareas del Gobierno, tuvieron desde luego un espíritu más generoso que los absolutistas desplazados del mismo. La Marina, pese a sus penurias, no habría de ser una excepción en ello.

Un nuevo cambio de rumbo marca en 1823 el final del efímero trienio constitucional. Las clásicas potencias de la vieja Europa se alarman ante los progresos del liberalismo español y conciertan desde la Santa Alianza la nueva invasión francesa de los *Cien Mil hijos de San Luis*, que eran bastante menos, para con ayuda de los absolutistas españoles reponer a Fernando VII en todas sus atribuciones. Las tropas francesas al mando del duque de Angulema, primo de Luis XVIII, avanzan casi en un paseo militar porque ahora las circunstancias son distintas, y el Gobierno se traslada a Sevilla con las Cortes y el Rey y más tarde se refugia en Cádiz. Nuevamente la *Tacita de Plata* protagonista de primera fila en los avatares de la Historia. Se declaró al Rey incapacitado y se nombró una regencia de tres personas, Cayetano Valdés, Gabriel Císcar y Gaspar Vigodet, dos marinos y un militar, que usaron únicamente los poderes tres días, resignándolos cuando el Rey llegó a Cádiz.

Nuevo bloqueo en 1810 de la Isla de León y nueva acción de la Marina. Aciertos operativos y estratégicos del teniente general de la Armada don Cayetano Valdés, pero aunque el duque de Angulema no sea precisamente Soult, la situación en 1823 y los condicionantes que la mueven no es tampoco en nada parecida a la de trece años antes. Ahora los defensores no tienen el apoyo naval británico ni la abundancia de lanchas obuseras y cañoneras, fuerzas sutiles de entonces y que con tanta eficacia mandó Valdés. Los ánimos también son otros y aunque se preparan compañías de escopeteros salineros, el sentimiento del fervor popular ya no es unánime. Los acontecimientos se precipitan y el 1 de octubre a bordo de una falúa gobernada por Valdés, como el marino de mayor rango, Fernando VII llega al Puerto de Santa María y abraza servilmente al Duque. Angulema le pide moderación pero tras la caída de Cádiz y la Isla, *El Deseado* desata sus furias con una nueva etapa represiva más dura aún que la primera, con condenas a la horca, que afortunadamente no llegaron a ejecutarse, de Císcar, Valdés y Vigodet, que habían aceptado la regencia con anuencia suya. Las confiscaciones de bienes, destierros y hasta ejecuciones habrán de evidenciar de nuevo como ha dicho Tristán La Rosa, que *Fernando VII ni ha aprendido nada ni ha olvidado nada*.

Advertido Valdés por el general francés gobernador militar de Cádiz, conde de Bordesoulle de la sentencia dictada por el rey felón, pretende asumirla, pero el francés que admira la valía y la nobleza del marino, idea una estratagema para salvarle la vida. Lo arresta preventivamente en uno de los buques de su pabellón al que da orden de zarpar inmediatamente para Gibraltar. Desde allí Valdés puede trasladarse a Londres donde permanecerá diez años en forzado exilio, siendo tratado con exquisita caballerosidad y aprecio por lo que un día fueron sus adversarios en San Vicente y Trafalgar. Pero eso es ya otra historia. El liberalismo que profesa Valdés no es ambiguo ni descafeinado. Tampoco es democrático porque en aquella época el término tiene poco arraigo y no se aplica en su actual sentido. Ferviente constitucionalista, expresa que salvo la religión y la persona del Soberano todo puede discutirse y debatirse en esas Cortes proclamadoras de la soberanía nacional y con una amplia lista de derechos y libertades. Así se consagra esa línea histórico romántica al identificar el programa de la revolución liberal con el contenido de la Constitución de Cádiz. Pero hay que entender que la familia liberal, heredera de los ilustrados dieciochescos y en cierto modo hija de la

coyuntura de la Guerra de la Independencia, fue más que una familia un clan heterogéneo en el que cabía personajes e ideas de corte bien distinto. La propia división entre moderados y exaltados, Valdés siempre figuró entre los primeros, ofrecen una perspectiva no siempre concordante con la realidad

Concedida a la muerte de Fernando VII una amplia amnistía por parte de la Reina Gobernadora, Cayetano Valdés volvió a España, recuperó sus rangos y preeminencias y se le hizo capitán general de la Armada con mando en el Departamento de Cádiz que también conocía. También fue nombrado Prócer del Reino de acuerdo con las disposiciones del Estatuto Real de la Rosa. Poco disfrutaría de esas nuevas prebendas. Las persecuciones padecidas y las injusticias sufridas habían minado seriamente su salud falleciendo en San Fernando el 6 de febrero de 1835. Tiene al morir 68 años y más de cincuenta de servicios a la patria. Es un hombre en plenitud de madurez pero no anciano, y que ha superado con su inteligencia, su coraje y su encendida devoción a la patria, los más duros embates en su vida. Con la capacidad del sabio, con la firmeza del marino, con la reciedumbre del hombre. La devoción de Valdés por Fernando VII es el fruto de la astucia que despliega el monarca de engatusamiento y zalemas antes de dar el zarpazo. *El Deseado* es sin duda el más listo y perverso de los Borbones como perversa era su madre María Luisa de Parma y desde luego nada que ver con su padre el bobalicón Carlos IV. El rey Fernando dominó como nadie el arte del zigzaguo, el juego de las concesiones; se proclamó el primer constitucional y llenó los presidios de constitucionalistas; gobernó con aires populistas y supo manejar con maestría las provocaciones de la plebe. Tuvo en el pueblo bajo su mejor aliado contra el modernismo burgués y consiguió que los burgueses le ayudaran a liquidar un régimen que se mostraba peligrosamente popular. Su retorcido maquiavelismo confundió a propios y a extraños. Entre ellos a Valdés que buen marino como era no supo capear con fortuna los temporales de la política.

Serio, erguido, buena planta; patillas que llegan hasta el alzado cuello; casaca galoneada y bastón de mando; fajín, entorchados y banda de la Gran Cruz de la Orden de San Fernando. Así se nos presenta don Cayetano Valdés en el cuadro del Museo Naval. Uniforme de Capitán General de la Armada reflejando la imagen de uno de los marinos más distinguidos de la moderna historia de España. Hombre de espíritu e ideas liberales pero patriota a ultranza, aunque sus servicios no tuvieran el reconocimiento merecido por el ren-

cor de Fernando VII, hoy se honra su memoria con admiración y respeto. Pero antes, una Real Orden de 11 de julio de 1851, sí se hizo eco de sus gloriosos méritos y dispuso su traslado al Panteón de Marinos Ilustres donde su recuerdo está presente y sus cenizas reposan para ejemplo y orgullo de la institución a la que sirvió y consagró sus esfuerzos: La Real Armada española.